

Presentación de la encargada de negocios de la embajada de Israel, Dana Erlich en NEF

Madrid 10.09.2026

Agradezco a Nueva Economía Forum el honor que me hace invitándome a presentar hoy aquí a Doña Dana Erlich, encargada de negocios de la Embajada de Israel en España.

La Sra. Erlich es licenciada en Bellas Artes por la Academia de Arte Bezalel de Jerusalén y tiene una maestría en Comunicación Política por la Universidad de Tel Aviv.

Es israelí de nacimiento, con raíces argentinas. Y ha sido, durante los últimos años, tras una larga trayectoria ostentando cargos de gran responsabilidad, Embajadora de Israel en Irlanda y consejera de Asuntos Políticos en la Embajada de Israel en Londres.

Lleva poco más de un año en la Embajada de Madrid y hoy me cabe el placer de darle la bienvenida.

Permitidme que dedique esta presentación a explayar la sinceridad de mi saludo.

Dana no va a tenerlo fácil. Como no lo tiene, ni lo ha tenido nunca, el Estado de Israel.

Sin necesidad de remontarme al momento de su creación, en 1948, quiero recordar el último jalón de su trágico avatar.

El 7 de octubre de 2023, en apenas unas horas, más de 1200 personas fueron masacradas salvajemente, y más de 200 secuestradas como rehenes para ser enterradas vivas en los túneles de Gaza por la milicia terrorista financiada por Irán que controlaba –que sojuzgaba– Gaza: Hamás.

No fueron “víctimas colaterales” de un bombardeo, no recibieron ningún aviso previo de que iban a ser atacadas por estar ocupando una posición estratégica; fueron cazadas como animales por el simple hecho de ser lo que eran.

Esas mujeres violadas, descoyuntadas y rematadas en directo, esos bebés asesinados delante de sus padres, no fueron víctimas de una represalia violenta, sino de una acción terrorista de intención genocida, vesánica y perversa; filmada, editada y distribuida como propaganda por los mismos que la perpetraron.

Se buscó, con aquella hecatombe, dinamitar la esperanza de normalización que habían supuesto los Acuerdos de Abraham y provocar una respuesta de consecuencias hiperbólicas, dada la reducida superficie de Gaza, habitada entonces por algo más de 2 millones de personas, usadas como escudos humanos por un ejército sumido en galerías subterráneas.

En aquel 7 de octubre de 2023 el mundo fue testigo de una barbarie que no era expresión de ninguna reivindicación territorial, sino de un ánimo resuelto a exterminar al enemigo judío y desestabilizar la región.

La Premio Nobel Herta Müller describió el pogromo desatado por Hamas como “una desintegración total de la civilización”.

Aquí en España, ese mismo día, cuando todavía faltaba mucho para que comenzase la ofensiva israelí, fresco aún el rastro sangriento de la matanza, fuimos testigos de la bajeza moral de algunos que, con sus declaraciones de aquel mismo día, quedaron retratados para siempre.

Y es que el 7 de octubre no fue únicamente un atentado terrorista de dimensiones inéditas desde la Shoá, sino también una especie de prueba moral para las sociedades occidentales.

Se ha comparado a una bengala de advertencia: cuando explota una bengala, su luz nos permite ver exactamente dónde está situado cada uno.

En buena medida, el 7-O funcionó precisamente así. Muchas personas e instituciones reaccionaron ante la masacre con ambigüedad, frialdad o directamente justificándola.

Pudimos constatar una suerte de incapacidad alarmante para condenar el fanatismo, cuando las víctimas son judías o israelíes. Como si en Occidente hubiésemos empezado a no saber distinguir entre democracia y barbarie.

Porque Israel representa, con todas las imperfecciones que quieran reprochársele, una democracia liberal basada en el pluralismo, los derechos individuales y la racionalidad política.

Hamás y sus aliados encarnan, por el contrario, movimientos capaces de glorificar el martirio, la destrucción y la violencia como ideales morales.

Los ciudadanos de Israel pueden oponerse a su Gobierno, censurar su política de defensa, y sustituirlo por otro.

De hecho, quienes allí adoptan esa posición crítica no suelen hacerlo por los mismos motivos que alegan quienes, a miles de kilómetros, ensayan poses morales demonizando a Israel.

Los israelíes opositores tienen perfecto derecho a disentir de su Gobierno, con total libertad y sin temor a represalia alguna.

Ellos conocen bien el abismo que media entre cuestionar una línea política y banalizar el antisemitismo; discutir un liderazgo y romantizar el terrorismo; participar en una controversia y prejuzgar todo conflicto simplificándolo bajo el esquema opresor-oprimido.

La sociedad israelí es libre de impugnar democráticamente las decisiones de su Gobierno y se ha manifestado en numerosas ocasiones defendiendo la humanidad de las víctimas palestinas.

No ocurre nada parecido en las sociedades sojuzgadas por el islamismo radical, donde todavía resulta inédita cualquier protesta contra la inhumanidad del 7-O.

Demasiadas veces la opinión occidental se pliega a un reduccionismo sumario que asigna papeles fijos en Oriente Próximo.

Papeles de una vulgar guardarropía política. Hamas caracterizado como víctima que usa medios reprobables al servicio de un fin justo; Israel disfrazado de villano implacable sometido al más estrecho de los escrutinios en sus métodos.

Como si las atrocidades de Hamas no envenenaran la causa que pretende justificarlas; como si los únicos pecados inextinguibles fueran los de Israel.

Porque Israel no solo libra una guerra asimétrica, también se enfrenta a una palmaria asimetría moral en los juicios que le conciernen.

Recuerdo la sorpresa de cierto secretario de Estado norteamericano porque, a diferencia de las constantes censuras del proceder israelí, apenas escuchaba nada sobre Hamas. Cito sus mismas palabras:

“¿Por qué no ha habido un coro unánime en el mundo para la rendición de Hamas? Israel ofreció inmunidad para sus líderes, pero ¿dónde está el mundo exigiendo a Hamas que pare el sufrimiento que iniciaron?, ¿por qué no hemos visto una mayor y más constante condena y presión sobre Hamas para deponer las armas y liberar a los rehenes?”.

Aclaro, por si hiciera falta, que me estoy refiriendo a Antony Blinken, secretario de Estado con Joe Biden y asesor adjunto de Seguridad Nacional con Obama.

Creo muy necesario compensar esa asimetría moral en los juicios fulminados contra Israel, y deslindar la crítica legítima del exabrupto antisemita.

Criticar al gobierno de Israel es perfectamente legítimo.

Cuestionar su manera de conducir las operaciones militares en que pueda verse implicado, resulta algo normal en cualquier situación bélica.

Pero tachar a Israel de “Estado genocida” es antisemitismo puro y duro.

Repetir consignas del tipo “*Palestina libre desde el río al mar*”, es antisemitismo; y si se ignora el significado de semejante grito, antisemitismo del más bobo: el inconsciente.

Negar a Israel el derecho a defenderse en una guerra que no inició es antisemitismo.

Negar a Israel la garantía de mantener su Estado dentro de fronteras seguras e internacionalmente reconocidas es antisemitismo.

Y el repunte del antisemitismo en toda Europa debería preocuparnos; no deja de ser una lacra bochornosa solo porque su signo político haya cambiado, del siglo XX al XXI.

Y junto al antisemitismo, la irresponsabilidad de las poses morales que quieren hacerse pasar por actitudes políticas. En España sabemos mucho de eso.

Mientras Israel libraba una guerra contra una organización terrorista dueña de Gaza, algunos optaron por la política declarativa, y creyeron que hablar de un “Estado palestino” podía ser visto como una gran contribución a la paz.

Pero las declaraciones no cambian la situación sobre el terreno ni aproximan un palmo a la llamada “solución de los dos estados”.

Lo que abriría una expectativa real de paz en la región es lograr de forma definitiva que Hamas y cualquier otro satélite terrorista queden descartados del futuro de Palestina.

Lo contrario, su eventual y paulatino regreso al control de Gaza debería resultar inconcebible no solo para los israelíes, obligados a colindar con sus verdugos, sino para cualquiera capaz de discernir el abismo abierto tras la masacre del 7 de octubre.

Si se quiere que algún día sea viable un verdadero Estado palestino, la victoria definitiva de Israel sobre Hamas y el resto de *proxies* de Irán es la única apuesta realista para que eso ocurra.

Nada nuevo, por otra parte. Desde su fundación como Estado, Israel se ha visto obligado a combatir sin descanso por su propia supervivencia.

Puede decirse que durante 78 años no ha podido permitirse la derrota en ninguna de las guerras que ha librado.

Porque en cada una de ellas, a diferencia de sus enemigos, lo que se jugaba era su misma existencia como Estado.

Verse acosado entre la espada y la pared –entre la yihad y el mar– explica algunas cosas que, contempladas a cinco mil kilómetros, desde sociedades convencidas de que la paz es una adquisición irreversible y gratuita, resultan difíciles de asimilar.

Por lo demás, en un mundo cada vez más peligroso, importa más que nunca tener socios fiables.

Le importa a Israel: no basta contar con un único aliado, por potente que sea. Estoy convencido de que el esfuerzo diplomático, apreciada Dana, conseguirá limar asperezas y ampliar colaboraciones; en toda Europa y también, muy pronto, aquí.

Y le importa a España: estos días comprobamos, en el drama de Ceuta, las consecuencias de habernos enajenado la amistad de aliados relevantes; de esos con los que conviene contar en las crisis.

Creo haber avanzado una justificación suficiente de la afirmación con que concluyo:

Desde la claridad moral y el coraje, debemos tener muy presentes dos evidencias de largo alcance: Israel es la línea de defensa más oriental de Occidente. España es Occidente.

España debe recuperar, cuanto antes, una relación normalizada con Israel. La que nunca debió dejar de tener con un aliado estratégico, que lo es por varias razones, todas ellas de mucha mayor entidad que el prejuicio ideológico o el oportunismo ventajista.

En las democracias los gobiernos son pasajeros, pero los intereses nacionales, permanentes.

Olvidar ciertas nociones preliminares de Geografía e Historia es un lujo que no nos podemos permitir; porque siempre tiene un precio demasiado alto.

Cedo ya la palabra a la señora Erlich.

Muchas gracias.

